

# EL ARCA

### DIARIO DE LA TARDE POLITICO Y LITERARIO.

#### UNION VASCONAVARRA.

**Precios de suscripcion.**

En Pamplona 1 peseta. al més.  
Fuera 3'50 pesetas trimestre.  
Extranjero y Ultramar, 10 id. id.

**ANUNCIOS Y COMUNICADOS**

Precio convencional.  
Número suelto, cinco céntimos.

**Puntos de suscripcion.**

**PAMPLONA.**

En la Administracion y Redaccion  
Paseo de Valencia, núm. 28.

**FUERA DE PAMPLONA.**

Por corresponsales ó giro á favor de la  
Administracion en libranzas ó sellos de  
correos.

### EL ESPIRITU DE PARTIDO Y LOS FUEROS.

Si en la evidencia que se tiene de la resolución que corresponde á un problema determinado, cupiera aumento de convicción, diríamos que cada vez era mayor nuestro convencimiento de la bondad y verdad de la causa que sustentamos contra múltiples y encarnizados enemigos. No solo nuestra tesis es cierta en el terreno de la lógica pura, sino que á idéntica apreciación conduce el examen de los hechos históricos; de manera que al punto de partida de la propaganda que hacemos, se llega por los dos únicos caminos que la inteligencia humana posee para el conocimiento de la verdad, que son la abstracción y la experiencia.

Si completamente indiferentes á la cuestión que se debate, asistimos á la discusión de un punto concreto de política, bien pronto veremos de qué diversa manera aprecian los adversarios el hecho más sencillo y cómo se le califica con los más opuestos y contradictorios epítetos. Este es un experimento que puede hacerse diariamente, y que demuestra hasta la saciedad cuán difícil es que aprecien con exactitud un fenómeno político los que están preocupados por principios de escuela y secta. En la observación de los fenómenos físicos, por ej., en la de los movimientos astronómicos, el observador se ve en la necesidad de corregir su percepción por causa de su ecuación personal. Consideren, pues, los lectores la necesidad que existirá de una corrección semejante, al tratarse de la apreciación de los hechos políticos, en la que juegan tan importantes factores como son, la religion, la

nacionalidad, la educación, la clase social á que se pertenece, el temperamento, la simpatía, la pasión y otros muchos que sería ocioso enumerar. De donde resulta que el espíritu de partido, (constituido por todos los factores que hemos señalado,) dificulta considerablemente el juego libre de las facultades de la inteligencia, é impide, por lo tanto, muy á menudo, que ésta alcance, en materia política, la certidumbre.

Estos inconvenientes del espíritu de partido en lo que atañe á la política general, no pueden menos de manifestarse también en lo que á los vasconavarros nos toca de más cerca que es en la política foral. El espíritu de partido, mientras exista en el país, falseará por completo la apreciación de los medios conducentes á la recuperación de nuestros fueros, y ésto suponiendo que las doctrinas de ciertos partidos no lleguen á producir en sus adeptos, la oposición á la existencia del régimen foral ó á algunas de sus instituciones.

En efecto, si en España se formara un partido tan amigo de la igualdad y de la uniformidad como el jacobinismo francés; que partiese de la concepción del hombre abstracto de Rousseau; que hiciera de la voluntad general la única y absoluta fuente de derecho; que diese á la soberanía nacional facultades tan omnímodas como las que suponen algunos que posee el Parlamento inglés, del que dicen que puede hacerlo todo, *menos de un hombre una mujer*; un partido que se desentendiera por completo de la historia y en una nación no viera más que un conjunto de hombres á quienes se debe aplicar *la misma ley*, y un territorio

insusceptible de divisiones indefinidas, á compás de las exigencias de la *administración*, claro es que los adeptos de un partido semejante en el territorio vasconavarro (y cuenta que la existencia de ese partido no es una mera hipótesis, porque á tales principios marchan á pasos agigantados los posibilistas de Castelar y los unionistas de Ruiz Zorrilla y de Mártos) claro es, repetimos, que los adeptos de un partido semejante en el territorio vasconavarro, tendrían que ser forzosamente enemigos de los fueros.

Sabido es, por otra parte, que los partidos tienen sus *recetas* para todo y que hasta los menores detalles de la organización pública los reglamentan con arreglo á los principios de sus programas. Como quiera que la constitución de las provincias euskaras es una verdadera constitución *orgánica*, nacida y desarrollada al calor de las necesidades históricas del pueblo vasconavarro, y no una constitución *filosófica* promulgada en el Sinai de alguna revolución, resulta que muchas de sus instituciones no están de acuerdo con las lucubraciones de cualquier filósofo alemán, ginebrino, saboyano, parisense ó moscovita, en cuyas obras hayan tomado los partidos sus principios, y por lo tanto que los sectarios de éstos son enemigos de aquellas instituciones forales que no caben en el estrecho molde de dichos principios políticos. Tal sucede, por ejemplo, con la base foral de la Representación provincial, pues ésta no se recluta nunca por el sistema de colegios ó distritos electorales que priva en las modernas constituciones, sino por Ayuntamientos, villas, etc., etc., lo cual merece ácreas censuras de los partidarios de

de los métodos generales de elección. Y como esta cuestión puede haber varias, y por lo tanto, no sería de extrañar que los adversarios de ciertas instituciones forales aceptasen de buen grado ó sufriesen resignados la intervención del Gobierno central en asunto de tal índole, siempre que obrara de acuerdo con sus personales opiniones aunque fuera con mengua de los derechos del país, pues de tanto es capaz la humana flaqueza.

Desgraciadamente, actos de tal naturaleza se han visto en nuestra tierra, y de ello tenemos aquí en Navarra un ejemplo tan notable como vergonzoso. Todo el mundo sabe que la Revolución francesa demostró gran saña contra dos elementos preponderantes de su antigua constitución, que eran la Nobleza y el Clero, elementos que también gozaban de gran preponderancia en la constitución navarra. Los revolucionarios franceses en vez de modificar lentamente el edificio feudal y eclesiástico, corrigiendo las faltas de construcción que se notaran, abriendo puertas para que pudiese penetrar en él más gente, sancando la atmósfera viciada, suprimiendo las torres almenadas y los instrumentos guerreros y judiciales que en él se encontrasen para opresión de los pequeños, como han hecho con gran tino y prudencia los ingleses, que hoy muestran el edificio feudal y eclesiástico con toda la magestad de las construcciones antiguas y todas las comodidades de las modernas, prefirieron agarrar la piqueta y no dejar piedra sobre piedra. Los adeptos de los revolucionarios franceses, que había en Navarra, cayeron en el mismo error y á trueque de herir al Clero y á la Nobleza no repararon en des-

### AVENTURAS (27) DE ARTURO GORDON PYM.

buenos para influir en aquel rudísimo carácter; pero Parker hubo de contestarme que había aguardado ya hasta aquel instante supremo para hablarme de aquel último recurso, que no le era posible vivir sin ninguna clase de alimento y que su idea, aplazada para otro día, llegaría demasiado tarde, por lo menos, en lo que á él se refería.

En vista de que nada le conmovia, y que la dulzura de mis proposiciones no producía buen efecto, recurrí á la amenaza, y le dije: que yo era el que menos se había resentido de aquellas calamidades; que en aquel instante mi fuerza y mi salud eran muy superiores á la suya y á la de los demás compañeros, y en una palabra, que me hallaba dispuesto á usar de mis fuerzas si lo juzgaba necesario, y que si trataba de manifestar á Peters y Augusto sus proyectos de canibal, yo no vacilaría un instante en arrojarle al mar.

Pero hubo de salvarle la intervención de

Peters que se acercó á nosotros preguntando la causa de nuestra disputa.

Parker se la indicó antes de que yo tuviese un medio para impedirlo.

El efecto de sus palabras fué aun más terrible de lo que yo me prometía.

Augusto y Peters que, segun parece, alentaban secretamente los mismos proyectos que Parker, aprobaron as frases de éste é insistieron para ejecutar inmediatamente su idea.

Yo presumia que, cuando menos, uno de ellos tendria bastante fuerza de alma y sería bastante dueño de si mismo para colocarse de mi parte y oponerse á la ejecución de tan horrible proyecto, con cuyo auxilio yo me opondría al mismo; pero frustrada mi esperanza, se hacia indispensable que atendiese á mi propia seguridad, pues una larga resistencia de mi parte hubiera sido tomada por aquellos hombres que su situación exasperaba, como una escusa para no entrar con franqueza, en la gran tragedia que iba á representarse bien pronto.

Les dije que opinaba como ellos; pero que exigía tan solo un plazo de una hora

para que se auyentara la niebla que nos envolvía, con lo cual podríamos ver si el buque, que ya habíamos visto, podrian aún percibirse.

Después de no pocas dificultades, logré el plazo que pedía y gracias á una brisa que empezaba á levantarse, la atmósfera se despejó; más viendo que el horizonte se hallaba completamente desierto, nos preparamos á echar suertes.

Solo con gran repugnancia voy á describir la escena que siguió, escena que ningún acontecimiento posterior ha logrado borrar de mi memoria, que ha quedado grabado en ella con todos sus detalles y cuyo recuerdo envenenara á cada instante mi existencia.

Seame, no obstante, permitido ser breve en esta parte de mi relato.

Lo único de que pudimos echar mano para llevar á cabo esa terrible lotería fué el sacar pajas cortas y pajas largas.

Algunos filamentos de madera podían servir para ello, y se convino en que yo arreglaría la suete.

Retíreme á un extremo del navio, en tan-

to que mis infelices compañeros me volvieran la espalda.

El instante más cruel de este horrible drama, el más digno de angustias fué aquel en que yo me ocupé en arreglar los lotes.

Existen pocas situaciones en que el hombre no de importancia á su propia conservación y que no de un grande interés á su existencia; interés que crece, de minuto en minuto, con la fragilidad del lazo que la sostiene.

La naturaleza silenciosa, positiva, rigurosa, de la ocupación á que me entregaba (tan diferente de los borrascosos peligros de la tempestad, ó de los horrores gradados y progresivos del hambre) me hizo reflexionar sobre las escasas probabilidades que tenía de escaparme á la mas espantosa de las muertes; á una muerte horriblemente útil, y cada átomo de esta energía que me había por largo tiempo sostenido, huía como una pluma que el viento arrastra; y yo me convertia en víctima del mas abyecto é invencible terror.

No hallaba en mí la necesaria fuerza para ranciar y juntar los pequeños frag-





